

Las papeles conservadores que ocultaente se imprimian y circulaban en la capital. procuraron sacar todo el provecho de aquellas disposiciones dadas por el gobierno. presentandolas con el colorido mas desfavorable.

La prensa liberal, por el contrario, las elogiaba y proponia otras nuevas no menos opuestas á las ideas de los catolicos.

Esta lucha entre los escritores de uno y otro partido por medio de la imprenta, aumentaba la desunion de la familia mexicana.

Ya no era la discusion razonada la que resaltaba en la mayor parte de los escritos de los periodistas de uno y otro bando politico, sino el encarecimiento producido por las pasiones de partido, en su mas pronunciada exaltacion.

Nunca los habitantes de aquel hermoso pais se habian visto mas divididos que en esos momentos. ni mas lejos de recordar los lazos de union que les hizo fuertes y poderosos en 1821, al temer la guerra de independencia en 1847.

Avanzan las fuerzas francesas y conservadoras hacia Puebla.—Declara el general Ortega la ciudad en estado de sitio.—Junta de generales y jefes promovida por el general Ortega.—Heróica resolucion tomada en esa junta.—Llegan las tropas francesas y conservadoras al frente de la plaza.—Anuncia ésta con un cañonazo su proximidad.—Toman posiciones.—Atacan los franceses el fuerte de San Javier, y son rechazados.—Asaltan de nuevo los franceses y se apoderan de la Penitenciaría y del expresado fuerte de San Javier.—Indican algunos generales á Ortega que seria conveniente abandonar la plaza.—Contestacion de Ortega á la opinion de ellos.—Atacan los franceses el cuartel de San Marcos y son rechazados.—Las bombas arrojadas por los sitiadores incendian la iglesia de San Agustin.—Los sitiadores ocupan seis manzanas, inclusa la del Hospicio y los redientes del fuerte de Morelos.—Asaltan los sitiadores la manzana comprendida entre las calles de Miradores é Iglesias y son rechazados.—Nuevas cuotas impuestas por el ministro de hacienda.—Cantidad que de su peculio da el ministro de hacienda para los hospitales de sangre.—Pasquin en la capital pidiendo la expulsion de las hermanas de la caridad.—Es censurada la peticion del pasquin por los liberales sensatos.—

CAPITULO VII.

Avanzan las fuerzas francesas y conservadoras hacia Puebla.—Declara el general Ortega la ciudad en estado de sitio.—Junta de generales y jefes promovida por el general Ortega.—Heróica resolucion tomada en esa junta.—Llegan las tropas francesas y conservadoras al frente de la plaza.—Anuncia ésta con un cañonazo su proximidad.—Toman posiciones.—Atacan los franceses el fuerte de San Javier, y son rechazados.—Asaltan de nuevo los franceses y se apoderan de la Penitenciaría y del expresado fuerte de San Javier.—Indican algunos generales á Ortega que seria conveniente abandonar la plaza.—Contestacion de Ortega á la opinion de ellos.—Atacan los franceses el cuartel de San Marcos y son rechazados.—Las bombas arrojadas por los sitiadores incendian la iglesia de San Agustin.—Los sitiadores ocupan seis manzanas, inclusa la del Hospicio y los redientes del fuerte de Morelos.—Asaltan los sitiadores la manzana comprendida entre las calles de Miradores é Iglesias y son rechazados.—Nuevas cuotas impuestas por el ministro de hacienda.—Cantidad que de su peculio da el ministro de hacienda para los hospitales de sangre.—Pasquin en la capital pidiendo la expulsion de las hermanas de la caridad.—Es censurada la peticion del pasquin por los liberales sensatos.—

Logran salir de la plaza con una fuerza de caballería, con una comision de Ortega para el gobierno. el general D. Tomás O'Horan y el coronel Riva Palacio.—Los zuavos asaltan las manzanas situadas á los costados de la plazuela de San Agustin, y se apoderan de ellas despues de un reñido combate.— Introduce el general Rivera en la plaza sitiada una corta cantidad de harina.—Ataca el general Carbajal la poblacion de Atlixco y se retira con sensibles pérdidas.—Vuelven á indicar algunos generales de los sitiados al general en jefe que seria conveniente abandonar la plaza.—El general Ortega les manifiesta que está resuelto á combatir en ella hasta que no haya esperanza ninguna de triunfo.—Hacen volar los sitiadores una calle de la manzana de Pitiminí, sepultando en sus escombros á muchos de los sitiados que la defendian.—Asaltan los zuavos el fuerte de Santa Inés, y son rechazados con pérdidas considerables.—Atenciones humanitarias de los sitiados con los prisioneros hechos á los sitiadores.—Varias cartas de oficiales franceses prisioneros, elogiando el buen trato que les daban los sitiados.—Se arregla entre el general en jefe francés y D. Jesús Gonzalez Ortega el cange de prisioneros.—Es derrotado en la hacienda de San Lorenzo el general Comonfort con su ejército del centro por una fuerza destacada por Forey, al tratar de introducir víveres y municiones en la plaza.—Se dispone el general en jefe D. Jesús Gonzalez Ortega á romper el sitio con su ejército.—Escribe á Comonfort para combinar con él el movimiento.—Motivo por el cual se desiste de esa salida.—Se entrega la plaza sin preceder capitulacion, despues de haber roto sus armas la tropa por órden del general en jefe.—Se niegan el general Ortega y toda la oficialidad prisionera á firmar un documento que les presenta Forey.—Decreto de Forey ordenando la confiscacion de bienes de los que hacian armas contra la intervencion.—Son conducidos á Veracruz para llevarlos á Francia los generales, jefes y oficiales prisioneros.—Logran evadirse muchos en el camino, siendo uno de ellos el general D. Jesús Gonzalez Ortega.—Número de oficiales prisioneros que salieron para Francia.

1863.

De Mayo á Diciembre inclusive.

1863.

Mientras en Méjico se daban y se hacian cumplir los decretos relativos á las religiosas exclaustradas, sin que por esto descuidara el gobierno nada de lo que era necesario para combatir contra la in-

tervencion, las fuerzas francesas y conservadoras avanzaban, aunque lentamente, hácia Puebla, permaneciendo en las poblaciones que se hallaban al paso. Las tropas liberales, dirigidas por valientes jefes, las hostilizaban de continuo, obligándolas á estar en constante vigilancia, y les oponian todos los obstáculos posibles en su marcha. El general en jefe Don Jesús Gonzalez Ortega, declaró el dia 10 de Marzo la ciudad de Puebla en estado de sitio, así como las poblaciones inmediatas, comprendidas en un rádio de ocho leguas. Las tropas que guarnecian la plaza se disponian al combate. Gonzalez Ortega tenia confianza en el triunfo si se hacia una defensa heroica, como estaba resuelto á hacerla. Sabia que todos los generales jefes y oficiales estaban decididos á luchar hasta vencer ó morir, y esto aumentaba su confianza. Si; sabia que no retrocederian un paso ante el peligro, por grande que fuese, y que disputarian palmo á palmo la ciudad, porque lo habia escuchado de los labios de ellos mismos en un momento solemne, en una junta á que, por medio del cuartel-maestre, general Don José María Gonzalez de Mendoza, les citó algunos dias antes. En esa junta á que concurrieron, sin saber el objeto para que se les llamaba, los comandantes de ingenieros y de artillería, el general inspector del cuerpo de ejército, los generales que mandaban divisiones y brigadas, así como los coroneles encargados del mando de estas últimas, Gonzalez Ortega les habló de la determinacion que habia tomado de triunfar ó perecer defendiendo la plaza. Despues de manifestarles que la lucha que se iba á sostener contra la Francia habia ido tomando proporciones colosales; que

para sostener dignamente esa guerra contra el ejército expedicionario francés y las fuerzas conservadoras á él aliadas era preciso que todos los individuos de que se formaba el ejército de Oriente se unieran íntimamente haciendo á un lado resentimientos personales y de partidos, sacrificando en aras del deber todo aquello que pudiese debilitar el poder; que era necesario que el cuerpo de ejército de Oriente fuese el eco fiel de los sentimientos de los pueblos, y que para que esa voz fuese mas vigorosa y potente debia ser una sola y llevarla su general en jefe, pues daria así por resultado que la accion de este quedara mas expedita y pudiera fijar su atencion en solo los asuntos de la guerra; despues de manifestarles esto y de presentar la causa que se defendia como la mas sagrada y noble, y de haberle contestado el cuartel-maestre en nombre de los jefes que se hallaban presentes en términos elocuentes y sentidos, ofreciendo de la manera mas solemne que sus deseos quedarian cumplidos, el general Ortega añadió. Que la guerra tenia azares que todos conocian; que por uno de ellos podia caer la plaza en poder de los contrarios; que por uno de ellos podian sufrir un descalabro las tropas que tenia la honra de mandar, y que por uno de ellos podian verse desvanecidas sus mas halagüeñas esperanzas respecto de la victoria; que el que aconteciese alguno de esos azares no estaba en poder de él ni de los militares á quienes dirigia la palabra, evitar ni ponerse á cubierto de sus consecuencias, supuesto que esos mismos azares procedian de las inmutables leyes de la naturaleza; pero lo que sí podian salvar, á pesar de sus mismos enemigos, fueran cuales fuesen los sucesos, lo que no tenian poder para arrebatar-

les ni aun los mismos acontecimientos, era el honor de Méjico; y que, para salvar éste, si la guerra se desgraciaba respecto de los defensores de la plaza, si la fortuna no les era propicia, «contaba,» dijo, «como colaboradores, con todos los hombres de corazon á quienes llamaba compañeros de armas, con todas las notabilidades democráticas que de puntos lejanos y atravesando centenares de leguas habian concurrido á Puebla, no en pos de comodidades, ó empleos militares, sino en busca de rudas fatigas y de una tumba gloriosa:» que á esos hombres les juzgaba capaces de todo lo grande, de los actos mas heróicos: «que, por lo mismo, queria que anticipadamente y de una manera solemne levantasen un monumento de las glorias de Méjico; y que ese monumento consistiera en hacer todos una protesta que dejarian consignada y firmada en una acta, de defender cada uno de los generales y jefes de los puntos que les encomendara, sin que importara algo para el cumplimiento de las consignas que recibieran, si alguno ó algunos de esos puntos caian ó no en poder del enemigo, pues de lo que debian cuidarse era de defender cada uno honrosamente sus parapetos y reductos, aunque la ciudad quedara convertida en escombros y no hubiera ya medio alguno de salvarla, peleando cada uno en los puntos encargados á su defensa, hasta caer muertos ó prisioneros en ellos; pues que él estaba resuelto, porque así se lo aconsejaba el honor y el deber, á que si la fortuna no les era favorable, no salvar de la plaza ni un cartucho, ni un proyectil, ni un hombre, ni un cañon, y á defender la ciudad hasta en su último atrincheramiento, para que pudiesen decirle en él al ejército invasor, cuando ya huma-

namente no fuera posible poder continuar la lucha: *No podemos ya defendernos; no te pedimos garantías; ven y ahórcanos si quieres.*»

1863. Pronunciadas estas enérgicas palabras con
 Mayo. la vehemencia del que estaba resuelto á cumplirlas, Gonzalez Ortega preguntó si se hacia la protesta, si se levantaba el acta, y si prestaban, no como soldados, sino como ciudadanos, su aquiescencia para ello. A esta pregunta, todos los generales y jefes que habian concurrido á la junta se levantaron de una manera simultánea, y aprobaron cuanto el general en jefe habia dicho. No hubo discusiones, no hubo esplicaciones, no hubo objecion la mas leve de parte de ninguno de los militares allí reunidos; no hubo mas que la emocion profunda producida por el entusiasmo, retratada en el semblante de todos, que demostraba que las palabras pronunciadas por el general en jefe no eran otra cosa sino la expresion del sentimiento que abrigaba la conciencia de los concurrentes. Gonzalez Ortega manifestó tambien, que aquella acta quedaria oculta mientras pasaban los sucesos que se esperaban en Puebla, para no desvirtuar su objeto, y para que ella misma certificase en lo sucesivo, cuáles habian sido las resoluciones que se tomaron en las horas mas tranquilas y reposadas de los acontecimientos, y dijera al gobierno supremo de qué manera se habian cumplido sus órdenes y llenado sus deseos.

El general en jefe Don Jesús Gonzalez Ortega tomó á su cargo escribir aquel documento donde el cuerpo de ejército de Oriente, por medio de sus jefes de alta graduacion, iba á dejar consignada la profunda expresion de

la heroica abnegacion de que estaba poseido; pero las muchas ocupaciones que continuamente le rodearon hasta el instante en que se presentó el ejército franco-mexicano al frente de Puebla para sitiaria, no le permitieron realizar el deseo en ese punto. El documento, en consecuencia de la falta de tiempo para ocuparse de él, no llegó á escribirse; «pero su contenido,» dice el expresado general Ortega en su parte oficial al gobierno, «quedó consignado solemnemente en una protesta hecha por generales y jefes pundonorosos, y escrito en el corazon de cada uno de ellos.»

Uno de los militares que se habia distinguido por su valor, su modestia y sus conocimientos, así dirigiendo las obras de fortificacion levantadas en Puebla antes del 5 de Mayo, como combatiendo en ese dia contra la division de Lorencez que se vió rechazada, continuando despues en las nuevas obras de fortificacion de la plaza á fin de resistir el sitio que se disponia á ponerle al ejército de Forey, fué el jefe del cuerpo de ingenieros D. Joaquin Colombres, jóven de notable mérito, exacto en el cumplimiento de sus deberes y excesivamente pundonoroso. Como nunca le faltan al hombre de verdadero mérito rivales que desean oscurecer sus glorias, se le hizo creer al general D. Jesús Gonzales Ortega, por algunos pocos de los que abrigaban sentimientos poco generosos respecto de D. Joaquin Colombres, que entre este entendido coronel de ingenieros y los principales jefes del cuerpo de ejército, existian fuertes diferencias. El general en jefe, con el objeto de evitar éstas, llamó á Colombres y le manifestó, en conferencia reservada, lo que pasaba, sin decirle

el nombre de los que le habian hablado de aquel asunto. El resultado de esta conferencia fué, que el científico y patriota jóven le dijese que le separara del mando del cuerpo de ingenieros, aunque la plaza se hallaba ya en visperas de ser atacada, porque no queria interponer con su persona, que valia, añadió, muy poco, la mas ligera dificultad al cuartel general en momentos en

1863. Marzo. que este, por convenir así al bien de la patria, debia alejar todo motivo de desunion, todo pretexto de discordia, para dejar que en el horizonte militar que iba á presentarse, solo jugaran pasiones grandes y elevadas. (1) Manifestada esta disposicion nacida de la mas pura modestia, D. Jesús Gonzalez Ortega le separó de la comandancia del cuerpo de ingenieros, para utilizar sus servicios en su estado mayor.

Que los informes que habian dado al general en jefe los que le aseguraron que existian fuertes diferencias entre el jóven coronel Colombres y los principales jefes del cuerpo de ejército de Oriente no eran exactos, lo asegura uno de esos mismos jefes, el que puso varias notas manuscritas al ejemplar del parte dado por Ortega al gobierno que tengo en mi poder. «No es cierto,» dice, «que los jefes del ejército mirasen mal al coronel Colombres: al contrario, todos teníamos en él la mayor confianza, en razon al patriotismo y grandes conocimientos militares, probados de la manera mas favorable durante el tiempo que dirigió la campaña el general Zaragoza y aun durante la guerra de la Reforma, pues el mismo Ortega ha mani-

(1) Parte general dado al gobierno por el general Ortega, página 16.

»festado muchas veces, que la victoria de Calpulalpan la »debía á los consejos y oportunas indicaciones del coronel »Colombres.» Manifestado esto, agrega que «este digno jefe de estado mayor fué separado del mando del cuerpo de ingenieros, por influencia del general D. José María Gonzalez Mendoza, con el cual habia tenido algunos disgustos. De esta verdad,» concluye diciendo el autor de la nota, «responden todos los jefes, oficiales y soldados que, exentos de pasiones, estuvieron en Puebla.»

Otro de los oficiales de ingenieros que, antes y durante el sitio, prestó notables servicios dirigiendo las fortificaciones y defendiéndolas con admirable valor, fué el instruido y apreciable jóven D. Francisco Beltran, de quien tendré ocasion de ocuparme al referir algunos hechos de armas acaecidos durante la defensa de la plaza.

El ejército franco-mejicano ocupaba el 15 de Marzo los puntos de Amozoc, Animas y Chachapan, distantes, como dejo dicho, cuatro leguas de Puebla. El 16, poco despues de las ocho de la mañana, los franceses con fuertes columnas de las tres armas, bien asegurados sus flancos y con todas las precauciones que aconseja el arte de la guerra, avanzaron hácia la plaza por el lado del Este. A las nueve menos cuarto de la mañana de ese mismo dia 16, la cabeza de sus columnas tocaba los suburbios de la hacienda de los Alamos. (1)

A las nueve, esto es, un cuarto de hora despues, el fuerte de Guadalupe disparó un cañonazo, anunciando á

(1) Sigo en esta descripcion, casi exactamente el parte general de D. Jesús Gonzalez Ortega.